

del lado de Michoacán. Maximiliano estuvo allí más de una hora, manifestando hallarse contento de contemplar aquel panorama.

Maximiliano siguió después su camino. En Toluca lo esperaba la *Emperatriz*, que había hecho á caballo gran parte del camino que conduce de México á aquella ciudad. Tanto en Toluca, como en México, los dos *soberanos* fueron recibidos friamente.

CAPÍTULO XVIII.

(1864)

Actividad de las tropas republicanas.—Crescencio Morales.—Su muerte.—Combates.—Otra vez Zitácuaro.—Un bosque de zirandas.—El rey de los guerrilleros.—Los tres combates.—Guanoro.—Francisco Serrato y Donaciano Ojeda.—Derrota y muerte de Laureano Valdés.—Nicolás Romero, tres veces vencedor en un mismo día.

Mientras el *emperador* permanecía en Morelia, las fuerzas de Zitácuaro no estaban ociosas. Romero y sus subalternos habían emprendido una expedición rumbo á Toluca: atacaron á Tenango, en donde hicieron capitular á la guarnición, mandada por un capitán de apellido Trujillo: Ojeda y Tenorio recorrían las inmediaciones del camino de Maravatío á México, y Morales avanzaba por Tuxpan hacia el interior del Estado.

Por el Poniente se movían las guerrillas de Garnica y Ronda, entre Puruándiro y Morelia; Régules amagaba de nuevo á Zamora, aunque sin tratar de atacarla; Servín de la Mora se acercaba á Pátzcuaro, poniendo en alarma á la población; Gil Abarca había penetrado hasta Coalcomán y expelía de allí al contraguerrillero Francisco Suárez, quien otra vez tuvo que reconcentrarse en Pátzcuaro, y en los alrededores de Morelia se movían, sin que se les pudiese dar alcance, los tres hermanos González.

Salazar, en Uruapan formaba una columna móvil compuesta de unos ochocientos hombres y se preparaba á emprender la expedición de que hablaré en el capítulo siguiente.

Con razón Maximiliano, al despedirse de los habitantes de la capital del departamento de Michoacán, expresaba sus deseos de verlo pronto tranquilo.

El general Bazaine no descuidaba al protegido de la Francia. Temeroso de que en el camino de Morelia á Toluca fuese á pasar un mal rato encontrándose con las bandas de Zitácuaro, movió numerosas tropas por Ixtlahuaca, San Felipe del Obraje y otros puntos de aquella línea. El 5 de Octubre llegaba Lamadrid al Mineral del Oro con ochocientos hombres de las tres armas; el 6 aparecía una columna de franceses en Tlalpujahua; en la Asunción Malacatepec se situaba Laureano Valdés con mil hombres; á Irimbo había llegado el capitán de la Hayrie con una columna ligera, compuesta de una compañía de cazadores de Africa y de los doscientos zuavos montados en mulas, los que hacían su primera aparición en aquel terreno.

Así pues, al mismo tiempo que se daba plena seguridad á Maximiliano, en su regreso á México, Zitácuaro estaba amenazado por todas partes.

Según queda dicho, la brigada del primer Distrito del Estado de México expedicionaba por Toluca, á las órdenes de Nicolás Romero. Por este motivo, el general Riva Palacio se retiró á Tuzantla, acompañado solamente de los oficiales de su Estado Mayor.

La guardia nacional de Zitácuaro, compuesta de doscientos infantes al mando de Donaciano Ojeda y de Francisco Serrato; sesenta caballos á las órdenes de Pedro Ruiz, y una partida de cuarenta ginetes á las de Castillo, formaban la fuerza expedicionaria de Crescencio Morales, casi materialmente cercada por las del enemigo. Antes de narrar el atrevido proyecto que concibió Morales para batir en detall á los imperialistas, diré algunas palabras respecto de tan valiente jefe.

Conocí á Morales el año de 1852 en el colegio de San Nicolás de Hidalgo de Morelia: comenzaba yo mi carrera literaria y él concluía la suya. Aunque parecía de un carácter adusto, era en el fondo franco, benévolo y alegre. Desde joven, tenía la cabeza llena de canas, por lo que le decíamos "tío Morales."

Era de mucho talento y de un patriotismo ardiente. Después del triunfo de la revolución de Ayutla fué á radicarse en Zitácuaro, compró la pequeña hacienda de la Palma que cultivaba personalmente, y más tarde se casó allí con una hija del Lic. Luis Couto. Después supe que se había agriado su carácter, que tenía momentos de verdadera misantropía y que era sumamente parco en sus palabras; su única distracción consistía en tocar aires populares en la *jaranita*, instrumento que pulsaba con mucha habilidad. Tal era *el tío Morales*.

Morales vió que tenía expedita la salida por Jungapeo y que en caso de necesidad podría retirarse al famoso cerro de Cópore. Esto supuesto, dió orden á Ojeda y á Serrato de que se emboscaran en determinado punto cerca de Tuxpan, y él con treinta hombres de caballería, al mando de Pedro Ruiz, los cuarenta ginetes de Castillo y veinticinco infantes á las órdenes del teniente Archundia, salió de aquel pueblo á las cuatro de la tarde del día 12 en dirección á Irimbo, á donde llegaron á las nueve de la noche, formándose en el puente á orillas del lugar, en espera de que saliese el enemigo á atacarlos, y entonces simular ellos una fuga y atraer á los franceses al sitio señalado para el combate; pero sea que los soldados del capitán de la Hayrie no sintieran aquel movimiento, sea que anduviesen cautos, lo cierto es que no se movieron; viendo lo cual Morales, dió orden á la fuerza de que lo esperase en aquel punto, y él, acompañado de dos asistentes, penetró después de media noche á la población, y se echó sobre el cuartel de los franceses matando al centinela. Creyeron por de pronto los invasores que los atacaba una chusma numerosa y cerraron la puerta de su alojamiento; mas repeniéndose del susto, abrieron para dar paso á un pelotón de cazadores de Africa que se lanzó sobre Morales. Él y sus asistentes se batieron denodadamente é iban retirándose, cuando al pasar por otro cuartel, donde había una partida de traidores, éstos hicieron fuego sobre los tres patriotas, cayendo exánime Morales, acribillado el cuerpo á balazos.

La fuerza de Morales estuvo esperando á su jefe por espacio de media hora, y viendo que no aparecía ni se movía el enemigo, Castillo y Ruiz trataron de internarse á la pobla-

ción en busca de aquél; mas los hizo desistir Archundia, ofreciéndose á ir personalmente á averiguar lo acaecido. Así lo verificó, y una hora después volvió acompañado de los asistentes y con la infausta nueva del sacrificio de Morales.

La fuerza de Zitácuaro se retiró sin que en el trayecto hasta Tuxpan se entablara conversación alguna ni entre los oficiales ni entre los soldados. ¡Tan profundo era el pesar que los agobiaba!

Al día siguiente un explorador que se había quedado en Irimbo se incorporó á la fuerza y refirió que Morales tenía un balazo sobre el ojo derecho, otro en el pecho y otro en el estómago; que su cadáver permaneció todo el día abandonado á media calle; que los franceses tuvieron cinco muertos y tres heridos, y que estuvieron toda la noche en grande alarma.

¿Será necesario decir el inmenso duelo que reinó en Zitácuaro al saberse la muerte de Morales? En todo Michoacán causó honda pena el fatal suceso y se consideró como una de las mayores pérdidas que sufriera el Estado.

Las diversas columnas del enemigo se dirigieron á Zitácuaro á donde llegaron el día 16, y al siguiente salieron á escoltar, á cierta distancia, el camino de México por el cual iba á pasar Maximiliano en su regreso á la Capital.

De ese gran movimiento de tropas que se operó en el Estado en aquellos días, resultaron naturalmente algunos hechos de armas que no pasaron de meras escaramuzas. Tales fueron el en que Acevedo derrotó á Izasi en San Mateo el día 18; un encuentro entre el coronel Morel y Nicolás Romero, en el Mineral del Oro en el mismo día; la derrota que el *Rancho* hizo sufrir en Tuxpan á Izazaga y otros vecinos de Zitácuaro; la del coronel Yarza en Taretan, el día 29, sorprendido por la contraguerrilla de Suárez, y la de Ayala por el imperialista Tapia, el 31, á inmediaciones de Aguillilla.

Por donde quiera tronaba el cañón. Michoacán era un reguero de pólvora, y el humo de los combates obscurecía el cielo de su dilatado territorio.

El Sur de Jalisco iba á convertirse también en teatro de una activa campaña. Numerosas columnas de franceses mar-

chaban dentro de aquel Estado, y la división Márquez abandonaba á Morelia para dirigirse al mismo rumbo.

Pero antes de que estallase allí la guerra con el núcleo del Ejército del Centro, todavía sucedieron en Michoacán algunos episodios interesantes.

Las siguientes líneas están tomadas de un *carnet*, lleno de notas escritas en aquella época; copio íntegramente el pasaje que sigue:

“Eran los últimos días de Octubre. El general Riva Palacio, que había permanecido en Tuzantla, esperando que pasara la penosa impresión que en todos produjo la muerte de Morales, se dirigió á Zitácuaro para organizar nuevas expediciones.

“El día 28 salimos de Tiripitío, rumbo á Laureles. No hay que confundir á Tiripitío, pueblo del Distrito de Morelia, con la hacienda del mismo nombre, sita en la Municipalidad de Tuzantla. Esta finca posee una inmensa extensión de terreno, con muchos ranchos que disfrutan, por su diversa situación, los más variados climas: en los de tierra caliente hay grandes desiertos áridos, así como oasis de eterna y exuberante verdura. En la parte geológica del terreno, las capas, visibles en las quebradas, son de una estructura tan novedosa que encantan al viajero. Posee algunos minerales, y acaso de algunos de ellos se haya extraído el oro, dando esta circunstancia nombre á aquella comarca, pues Tiripitío significa en el idioma tarasco, *lugar de oro*. Perteneció la finca á los jesuitas, lo que no es extraño, pues es bien sabido que los padres de la Compañía escogieron lo mejor de las encomiendas, y eran hasta lujosos en fundar y explotar sus bienes terrenales. Aún se ven en Tiripitío ruinas de soberbios edificios que ni el tiempo ni la poderosa vegetación han hecho desaparecer.

“Entre esta hacienda y la de Laureles hay un bosque tupido de zirandas, de esos árboles corpulentos que son los gigantes en las florestas de la tierra caliente. La hojarasca cubre el suelo y borra los senderos; de tal suerte que, para se-

guir una dirección, los conocedores del terreno hacen su marcha guiados nada más por la fisonomía de los árboles, hasta salir de aquella selva obscura é imponente, al par que perfumada y hermosa.

“Caminábamos de prisa, porque la noche estaba próxima: apenas algunos de los últimos rayos del sol lograban filtrarse por entre los intersticios de las ramas, medio iluminando aquel recinto, tan misteriosamente, como la luz de una lámpara solitaria la nave de una iglesia.

“Todos guardábamos silencio, como si quisiéramos contemplar con atención religiosa aquel espectáculo de la naturaleza. Repentinamente se oyó una voz varonil, pero dulce y melancólica, que entonaba un canto popular de aquellos días:

“Una mujer angustiada
Llora por su prisionero:
¡Que le vuelvan á su hachero
El de blusa colorada!”

—Es Nicolás Romero, dijo Riva Palacio, lo he oído cantar algunas, aunque pocas veces, cuando él se cree solo en medio del desierto.

En efecto, era el león de la montaña, que venía jinete en una yegua retinta que había quitado á los franceses. No había observado nuestra aproximación, porque la mullida capa de hojas de las zirandas apagaba el ruido de pisadas de los caballos. Cuando nos vió, cesó de cantar y, sombrero en mano, se acercó á saludar al general.

—No tiene usted más novedad, le dijo, sino que mis exploradores me avisan que pronto estará otra vez el enemigo sobre nosotros.

—¿Por dónde viene?

—Por todas partes. Del Valle saldrá una columna de franceses, doscientos hombres, cazadores de Africa y los zuavos montados en mulas; por Laureles aparecerá Laureano Valdés con novecientos hombres; de Anganguero vendrá Lamadrid con ochocientos, y de Maravatío cuatrocientos de la antigua fuerza de Oronoz.

—Es una batida general. ¿Cuándo los tendremos por aquí?

—Antes de tres días.

—Bueno, habrá tiempo de descansar uno ó dos en Zitácuaro.

“Entretanto que ambos interlocutores hablaban, yo no me cansaba de mirar á Romero, á aquel hombre extraordinario que llenaba la República con su fama de guerrillero. Me admiraba ver que bajo aquella apariencia humilde se ocultase un corazón tan grande y generoso. Si no hubiera sabido sus proezas, jamás habría creído que fuera capaz de ellas aquel cuerpo endeble, aquel conjunto de facciones vulgares. Y sin embargo, cuantos lo habían visto á la hora del combate, decían que entonces su mirada era brillante, fascinadora y magnética!

“Llegamos á Zitácuaro en la mañana del siguiente día. El 29, el 30 y el 31 se pasaron en construir parque, en limpiar las armas, en preparar con el descanso y la buena alimentación la caballada. Nadie ignoraba la combinación del enemigo ni las numerosas fuerzas con que contaba. Reinaban el entusiasmo y la impaciencia.

“Al amanecer del día 1º de Noviembre había gran movimiento en la plaza. Acevedo con sesenta jinetes salía por el camino de Tierra Quemada, D. Esteban León por el de Tuxpan con ciento cincuenta caballos, y hacia el rumbo de Laureles Riva Palacio con las fuerzas de caballería de Romero y Limón, fuertes en trescientos hombres y con doscientos infantes al mando de Donaciano Ojeda y de Francisco Serrato. Castillo se dirigió al rumbo de los Ahorcados; Robredo y Bernal con sus dos pequeños batallones y con el piquete de caballería de Solano permanecieron en la hacienda del Bosque.

“El plan de Riva Palacio era el de detener la marcha de las columnas que venían de Anganguero, Maravatío y el Valle y avanzar al encuentro de Laureano Valdés con el mayor número posible de tropas y derrotarlo en el terreno escogido de antemano.

“En efecto, mientras que llegaba la hora de emprender el combate, Acevedo se había encontrado con Lamadrid en Barranca Honda. El jefe republicano mandó echar pie á tierra

á sus soldados, y colocándolos en tiradores por parejas, después de haber hecho derribar muchos árboles para estorbar el camino, estuvo tiroteando á los traidores desde las nueve de la mañana hasta las doce del día, hora en que retrocedió Lamadrid para ir á buscar más lejos otro camino que le permitiese llegar á Zitácuaro.

“Castillo y los suyos avanzaron hasta los Ahorcados, regresando luego paso á paso, á vista de los franceses que tampoco pudieron llegar á Zitácuaro á la hora convenida.

“En cuanto á D. Esteban León, con sus ciento cincuenta jinetes se situó en el Hoyo de la Arena y se batió tan bizarramente aquel anciano patriota, que impidió la marcha de las fuerzas de Maravatío, hasta las últimas horas de la tarde en que se les unió la de Lamadrid.

“Veamos ahora lo que pasaba al Sur de Zitácuaro. Riva Palacio se había posesionado de Guanoro, una cuesta de suave declive, por donde atraviesa un camino semejante á una calzada, acotado por uno y otro lado de peñascos y en medio de dos barrancas profundas.

“Tras de una cerca de piedra se colocó la infantería de Zitácuaro, perfectamente oculta; un poco á retaguardia estaba emboscada la guerrilla de Limón; Bernal, Robredo y Solano, como reserva, se hallaban en la hacienda del Bosque prontos á ocurrir á donde y á la hora que fuera necesario; en el lado opuesto de la barranca, á la derecha, estaba un guerrillero, José María Barrera, conocido por el apodo de *El Amilpeño*, quien capitaneaba cincuenta indios del inmediato pueblo de Enandio, y por último, el general y Romero se situaron ostensiblemente en la mesa del Encinal, como si fuesen la sola fuerza con quien tenía que habérselas Valdés.

“Ya entraba este jefe con sus novecientos infantes en medio de aquel campo cubierto de emboscadas, cuando desgraciadamente se le cayó el fusil á uno de los guardias nacionales de Zitácuaro y se disparó el tiro, acusando la presencia de la tropa situada tras de la cerca y haciendo ya ineficaz la emboscada. Entonces Riva Palacio ocurrió á todo escape á aquel lugar y dictó órdenes para cambiar el plan, y la primera fué la de retirar la infantería que hubiera sido destrozada; empe-

ro ya estaba empeñado el combate, en el que los guardias nacionales hacían prodigios de valor; el enemigo sufría grandes pérdidas, no sólo causadas por las fuerzas que tenía al frente, sino por los indios de Enandio, cuyos tiros eran certeros. Había momentos en que nuestros hombres se cogían á la lucha personal con los contrarios, y las parejas, asidas como con anillos de hierro, rodaban al abismo en una ú otra barranca. Entre los que pelearon, de hombre á hombre, se hallaban Laureano Valdés y Francisco Serrato. Aquél descargaba á boca de jarro su revólver y éste disparó dos veces su rifle contra su adversario, causándole una lesión ligera; pero no teniendo ya parque, le lanzó una pedrada que lo hirió mortalmente: entonces, los ayudantes de Valdés se lanzaron sobre Serrato, vomitaron sobre él un torrente de fuego, y el denodado patriota quedó muerto en el acto.

“Más de una hora hacía que duraba esta sangrienta lucha. Entretanto, cumpliendo las nuevas órdenes de Riva Palacio, Robredo y sus compañeros se dirigían á toda prisa por el lado derecho de la barranca de Enandio y tomaban posiciones en el cerro de la Coyota, inmediato á aquel pueblo. Para allá marcharon también Romero y Riva Palacio con los restos de la infantería de Zitácuaro y formaron una nueva línea de batalla, provocando al enemigo. Pero éste no aceptó el reto, sino que con toda precipitación y llevando en una camilla á su jefe Valdés, tomó el camino de Zitácuaro, á donde llegó á las últimas horas de la tarde.

“No sólo tuvimos que lamentar nosotros la muerte de Serrato, sino que también quedaron en el campo de batalla los cadáveres del coronel Donaciano Ojeda, y los de los oficiales Archundia y Mora. El teniente Ignacio Linares salió herido de alguna gravedad. Perdimos más de treinta infantes, si bien las bajas del enemigo excedieron de doscientos entre muertos, heridos y dispersos.

“Las cuatro columnas combinadas contra Zitácuaro, ocuparon la ciudad en aquel mismo día, siendo los franceses los últimos en llegar y los únicos que no se habían batido. En la noche, nuestras tropas estaban posesionadas de las alturas que rodean la población. Riva Palacio, Romero, León, Ro-

breo, Bernal y sus subalternos ocupaban á Camémbaro, y Acevedo el cerrito de Guadalupe. Desde allí estuvieron tiroteando al enemigo hasta que amaneció. A esa hora parte de los imperialistas evacuaron la plaza, tomando el camino de Barranca Honda, siendo perseguidos por Acevedo hasta más allá de Tierra Quemada. Después Lamadrid con su tropa y la de Maravatío buscó el camino de Anganguero, y los franceses y la fuerza de Valdés, llevando á éste en una camilla, siguieron por el Salitre de Urendes y llegaron dos días más tarde á Toluca.

“En el hospital de San Juan de Dios de dicha ciudad y en una pieza de distinción falleció, á consecuencia de sus heridas, el general Laureano Valdés, el más constante y más tenaz enemigo de Zitácuaro.

“Por mucho tiempo duró vivo entre nosotros el recuerdo de aquel día, 1º de Noviembre de 1864, en el que en un radio de seis leguas se libraron á una misma hora tres combates por las fuerzas de Zitácuaro y las del primer Distrito del Estado de México, contra un enemigo cuatro veces superior en número. En aquella jornada, aunque repartidos en tres lugares distintos, estuvieron todos los jefes y todos los soldados defensores de Zitácuaro. Si la victoria no los favoreció por completo, probaron una vez más su valor y de nuevo se cubrieron de gloria!”

De estos sucesos no dijo el Diario Oficial del Imperio, sino que Lamadrid había batido á Don Esteban León: por su parte los historiadores franceses sólo refieren que “en aquellos días el capitán de la Hayrie continuaba recorriendo aquel país con las tropas mexicanas de los coroneles Lamadrid y Valdés, y que el 1º de Noviembre tuvieron un encuentro los contingentes aliados y la banda de Romero, siendo herido mortalmente Valdés, en cuya fidelidad podía confiarse.”

Voy á referir otra de las más brillantes acciones de Romero, y que fué una de las últimas llamaradas de aquel sol que iba á apagarse.

El capitán de la Hayrie era infatigable con sus zuavos montados en mulas y con sus cien cazadores de Africa, pero al

mismo tiempo no le gustaba expedicionar solo: así es que de nuevo citó á Lamadrid, al Ranchero, á Gómez y á Zerecero, que formaban con los franceses un total de mil ochocientos hombres. Reunidos en Zitácuaro el día 15 tuvieron noticia de que Romero se hallaba en la Florida, y allá se dirigieron forzando la marcha. Romero, que estaba emboscado, los dejó pasar, logrando apoderarse de un oficial que se había quedado á retaguardia. Con este individuo les mandó unas cuantas líneas escritas en un papel y que decían: *No me busquen tan lejos, los espero en el camino de Zitácuaro.* Imagínense los lectores con qué furor y despecho recibirían la noticia los imperiales. Era ya tarde y tuvieron que pasar la noche en la Florida. Al amanecer del día 16 emprendieron su marcha retrógrada á Zitácuaro, y á las siete de la mañana la vanguardia descubrió á Romero situado en el cerro de la Coyota, arriba de la hacienda de Jesús del Río. Los chinacos eran los cien carabineros de Nicolás Romero y ciento cincuenta infantes de la guardia nacional de Zitácuaro, al mando de Félix Bernal. Mencionar estos nombres es tanto como decir que aquellos doscientos cincuenta hombres eran una legión de valientes. Como rayo cayeron sobre el enemigo que no había tenido tiempo de formar en batalla y cuya retaguardia venía aún lejos. Media hora duró el combate; el enemigo fué rechazado, y entonces comprendieron los zuavos la utilidad de las mulas, pues se les vió desaparecer á toda prisa por entre aquellos vericuetos. Romero se retiró paso á paso, y, viendo que no se le perseguía, mandó dar un pienso á sus caballos en un potrero de Jesús del Río. Repentinamente cayeron sobre él los traidores de Lamadrid, á eso de medio día.

Los caballos de Romero estaban ensillados, y según la costumbre de los guerrilleros, mientras que los animales comían, los jinetes se terciaban en el pecho las riendas para estar más listos. Todo, pues, fué cuestión de embridar, y una vez montados, se fueron replegando hasta la hacienda de San Antonio del Llano; luego apresuró el paso nuestro guerrillero, adelantándose con sus jinetes y dejando como cansada la infantería, la que en el momento oportuno, se desplegó en tirado-

res, oblicuando á un lado del camino, al mismo tiempo que Romero daba media vuelta y se arrojaba sobre la caballería enemiga: la hizo retroceder y la habría aniquilado, si no se hubiese replegado hasta donde estaban los cazadores de Africa y la infantería de los imperialistas.

Romero marchó entonces á Zitácuaro con los prisioneros que había hecho. Los vecinos lo recibieron con una ovación más entusiasta que nunca. Duraban aún las calurosas felicitaciones, cuando á todo escape llegaron los exploradores, avisando que el enemigo aparecía de nuevo y se aproximaba á paso veloz por el camino de la Encarnación. Sin perder un momento salieron los infantes de Bernal y los carabineros de Romero, encontrándose á poco con los imperiales en el punto llamado la Garita, inmediato al pueblo de San Francisco. Inconcebible fué la lucha que entonces se trabó; el arrojo y valor de nuestros guerrilleros, el despecho, el deseo de venganza, la confianza en la disciplina de los franceses y traidores. Pero la victoria acompañaba, con más constancia en ese día, al león de la montaña. El enemigo se pronunció en completa derrota; la dispersión fué general, el campo quedó regado de cadáveres, y un cuantioso botín complementó el triunfo de Romero. Eran las cinco de la tarde.

Ya en la noche, mientras los vecinos de Zitácuaro solemnizaban aquel memorable día en que tres veces nuestro guerrillero hizo morder el polvo á un adversario tan superior en número, los chinacos, profundamente dormidos, descansaban de sus fatigas, sin pensar que la gloria derramaba sobre ellos efluvios de su luz inmortal.

CAPÍTULO XIX.

(1864)

El Ejército del Centro.—Sucesos de Jalisco.—El desastre de Jiquilpan.—Arteaga se retira al interior de Michoacán.—Acción de Tinguindín.—Auxilio de Pueblita.—Retirada vergonzosa de los franceses al mando de De Potier.—Arteaga en Uruapan.—Expedición de Salazar.—En plena campaña de guerrillas.—La presencia del Lic. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre en el ejército liberal.—El cura Juárez de Carácuaro.—Cartas llenas de falsedades.—Actitud del imperio.—Las Cortes marciales en Michoacán.

No he seguido paso á paso la narración relativa al núcleo del Ejército del Centro, acantonado en el Sur de Jalisco, porque en mi propósito sólo cabe tomar de la historia general del país lo que tiene exacta conexión con la de Michoacán. Esto sucede ahora con los acontecimientos que se verificaron en aquel Estado en el mes de Noviembre, y que vinieron á tener un fatal desenlace en Jiquilpan. Para ello me servirá el siguiente resumen que tomo de "México á través de los siglos," capítulo XVI, lib. II, tomo V. Dice así:

"Durante aquel tiempo habían ocurrido en Jalisco graves sucesos de que pasamos á hacer un buen relato. Después de la defección de Uraga, el general Arteaga había logrado mantenerse en el Sur del Estado, sin que en la estación de las lluvias hubiese más acción notable que un encuentro en el Chiflón (9 de Agosto) donde el coronel Clinchant derrotó una fuerza republicana. El 15 de Octubre, el general Douay salió de Guadalajara marchando directamente al Sur, mientras que algunos cuerpos de imperialistas se movían á su derecha para explorar el país hasta el mar, y que Márquez, cu-